

## XV

La perspectiva de regresar á París, que es un lugar singularmente tranquilo en comparación del Lourdes de las peregrinaciones, me deleita. Me parece que voy á volver á una plácida y gran ciudad de provincia en donde hay todavía iglesias ennegrecidas por los años, gentes que oran sin gritar, oficios litúrgicos que son oficios.

Y, sin embargo, mientras cerraba mi maleta, me decía que es preciso haber visto estas peregrinaciones de los Pirineos, y que cuando el recuerdo de tantos piadosos empellones, de estrepitosos desahogos de trombones y de gritos se atenúe, Lourdes me aparecerá, en lontananza, como una ciudad de ensueño en donde se vive en estado de perpetua intensidad, en una borrachera atravesada por repentinas rebeliones, pero infinitamente dulce, ciertos días, cuando la atmósfera parece más especialmente impregnada de los efluvios divinos de las curaciones. La Vir-

gen ha querido olas humanas, lo mismo que en la Edad Media : las ha tenido; ¿son las mismas? sin duda, el alma ingenua y la cándida fe de las antiguas campesinas, apenas ha cambiado; la existencia misma que esas multitudes llevan, aquí, acostándose en el Rosario, comiendo sobre los bancos y sobre el césped, recuerda la vida de los gentíos de antaño, durmiendo en la catedral de Chartres — cuyo pavimento estaba en declive, hecho así expresamente para que pudiera ser copiosamente lavado por la mañana, ó acampando alrededor de la Virgen negra, al aire libre, en las llanuras de la Beauce; pero todo se ha encanallado; la magnificencia de la catedral, el atractivo de los trajes, la grandeza de las liturgias tutelares, ya no existen. Lourdes, nacido ayer, se ha desarrollado en la insalubre cuna de nuestro tiempo, y espira el fétido aliento de las industrias que lo agobian; un día, cuando una de las hermanas azules de Beaune bajo su alto tocado y su espléndido hábito del siglo xv, oraba, arrodillada, con los brazos en cruz, tuve la arrebatadora visión de tiempos pasados; pero la llegada de devotas modernas, con sus caras enconfitadas, con las simiescas muecas de sus mandíbulas, con sus flacos dedos, pasando cuentas de rosarios, con sus fúnebres sombreros y sus lúgubres vestidos de color de hogar de chimenea y de ceniza, despertó de nuevo en mí la implacable



repugnancia hacia mi época, y pensé que, si es saludable visitar á Lourdes, no hay que detenerse mucho en él, pues el lado dramático de las curaciones, que al pronto nos conmueve hasta los tuétanos, acaba por embotarse, y, entonces, sobresale por encima de todo la in-noble fealdad de cuanto vemos, de cuanto nos rodea.

En suma, las impresiones que saca uno de Lourdes son de dos clases, y hostiles una á otra, inconciliables.

Lourdes es un inmenso hospital de enfermedades horribles vaciado en una gigantesca feria; es una esencia de horror destilada en una tonelada de alegría populachera; es á la vez doloroso, bufo y grosero. En ninguna parte se padece semejante bajeza de piedad, un fetichismo que llega hasta la increíble estafeta de la gruta; tampoco, en ninguna parte se ha impuesto el satanismo de la fealdad de una manera tan vehemente y tan cínica.

Sí, ciertamente, esto es bien miserable, esto incita á salir de esta ciudad y á no poner más los pies en ella; pero es el imprudente reverso de una medalla que no tiene su igual: la cara, gracias á Dios, es muy distinta.

Por de pronto, vemos aquí la fe de ese pueblo reunido para implorar á la Virgen, una fe que en ninguna parte como en este sitio se manifiesta por tales brotes de lava candente, y sin

decaer; hoy Nuestra Señora cierra sus oídos á toda súplica, aparta de aquí sus miradas y se calla; nadie se queja; todos siguen orando y creyendo; la muchedumbre se carga, por decirlo así, y se comprime en la espera, para después hacer explosión en las llamaradas de los Magnificat, cuando delante del Santísimo Sacramento, ó al salir de las piscinas, se alza un enfermo de su camilla, como proyectado por invisible mano; es un regreso á la inquebrantable fe de la Edad Media; es también la fusión de clases, confundidas en un amor único, en una única esperanza.

Luego, hay la caridad, esa caridad que se manifiesta en Lourdes como en ningún otro sitio de la tierra. Por algunos mequetrefes que miran trabajar á los demás y que á troche y moche les dan órdenes ridículas, ¡cuántas personas que, en vez de hacer excursiones por las playas ó las montañas, vienen á pasar aquí sus vacaciones y las ocupan en tirar de cochecitos y en bañar á enfermos; entre estas personas las hay que son jóvenes y ricas, y que podrían hacer viajes más alegres y divertirse; otras hay que son del comercio y que dejan su negocio, durante un mes, para convertirse en burros de carga y mozos de cordel: ocupaciones tanto más meritorias cuanto que, muchas veces, estas son las solas vacaciones que dichas personas pueden permitirse. ¡Cuántas señoras, como aquella buena anciana que acompañaba á la joven de los pies podridos por la



gangrena, que abandonan á su familia y sus cómodas habitaciones, para venir á pasar la noche sobre un camastro velando á los enfermos ! Y todas estas personas tienen tantísimo que hacer y tan cansadas están, que ni siquiera gozan del consuelo de ir, como los demás peregrinos, tantas veces como lo deseen, á orar solas ante la gruta : están sujetas, de servicio continuo y á expensas suyas.

Y hasta entre los simples visitantes que no se ocupan del servicio de los coches ni del de las piscinas, ¡ cuántos, movidos de piedad por esos remedos de seres humanos que delante de ellos son arrastrados por los caminos, se olvidan completamente de sí mismos é imploran, con todas sus fuerzas á la Virgen por aquellos desgraciados ! Hay en esto la buena acción de la omisión personal, y, además, el amor al prójimo, cosa tan poco frecuente. Al entrar en Lourdes, suelen todos dejar su egoísmo en la estación. ¿Y quién sabe si, en efecto, no pesará menos cuando pasemos á recogerlo?...

En resumen, en Lourdes, se asiste á un renacimiento de los Evangelios ; se está en un lazareto de almas en donde se desinfecta uno con los antisépticos de la caridad ; ¿y qué significa la manifestación de la estupidez y de la fealdad, las inevitables quiebras de toda obra humana, en comparación de los saludables provechos que de aquí se sacan ?

Y, finalmente, aquí está la Virgen compasiva y dulce, que parece, en ciertos momentos, más viva, más cerca de nosotros que en ninguna otra parte.

Ella es quien, por sus curaciones milagrosas, ha hecho célebre en el mundo entero esta peregrinación. Al público de los indiferentes ó de los escépticos, incapaz de comprender lo que no está al alcance de su razón y de sus sentidos, poco le interesan las mercedes espirituales que de continuo esparce, á manos llenas, en la gruta ; únicamente hacen mella en él lo visible y lo palpable : prodigios materiales, repentinas supresiones de enfermedades y de llagas. Y la cuestión, para él, se resume en lo siguiente : primero, saber si realmente se efectúan curaciones en Lourdes ; y, después, si esas curaciones son, como lo afirman los católicos, el trastorno absoluto de las leyes de la Naturaleza, la negación completa de todos los sistemas curativos, de todos los preceptos de la higiene y de todas las previsiones de la ciencia. Esto es lo único que les interesa.

Creo haber, en el transcurso de este libro, contestado con ejemplos á todas esas preguntas. Réstame ahora, presentando objeciones y contestaciones, el reunir las y recapitularlas en unos cuantos renglones.

En los comienzos, después de las Apariciones á Bernadette, los librepensadores, atónitos ante



el misterio de incomprensibles curaciones, trataron de explicarlas por las propiedades terapéuticas del agua de la fuente; pero fué analizada el agua y quedó reconocido que estaba desprovista de toda propiedad medicinal; y, por otra parte, ¡cuál no hubiera tenido que ser el poder mágico de esta fuente, para que, contrariamente á todas las aguas termales, cuyos efectos se especializan, hiciera desaparecer, indistintamente, toda clase de enfermedades! Semejante agua hubiera sido la panacea universal, un remedio único para todos los males conocidos. Hasta la fecha, no nos ha gratificado la naturaleza con regalos semejantes. Una vez esto sentado, como era imposible negar la realidad de los hechos vistos y observados por millares de personas, fuéforzosamente necesario buscar nuevas razones, acabando por ser adoptada la teoría de que los pacientes eran neurópatas, exaltados por la Fe, que se suggestionaban á sí mismos y que se curaban porque tenían la firme voluntad de curarse y la certeza de que serían curados.

Para que esta hipótesis tuviera probabilidades de ser verdadera, hubiera sido preciso que la Virgen no experimentara sino en histéricos y neuróticos; en una palabra, en monomaniáticos de la curación. No hay duda de que pueden éstos recobrar la salud por esos medios; pero la Virgen suprime tisis llegadas al último período, cánceres, males de Pott, gangrenas;

endereza pies torcidos, hace que los ciegos vean y que los sordos oigan; cura toda especie de padecimientos, tanto los desórdenes orgánicos como las llagas; á menos, pues, de atreverse á afirmar que las enfermedades que aquejan á la humanidad, proceden, todas, sin excepción, de un destartalo del sistema nervioso, la explicación resulta insuficiente.

Pero, hasta admito esta teoría; acepto que todas la personas enfermas de cáncer y de gangrena salvadas en Lourdes, lo hayan sido á consecuencia de una emoción moral, á consecuencia de una imaginación sobreexcitada, á consecuencia del deseo y de la energía de la suggestion; y, en ese caso, ¿pueden también los niños ser curados por esos mismos medios? ¿es eso posible?

He hablado del niño del aparato de madera de Belley. Podía tener de siete á ocho años. ¿Estaba en edad de hipnotizarse? Bien, concedido, admitamos que podía ser. Pero pasemos á otros más pequeños. En un tomo muy documentado sobre Lourdes, el abate Bertrin ha extractado al azar, del archivo médico de la clínica, curaciones de niños de menos edad, y que se han sostenido: Fernando Balin, curado, en 1895, de una desviación de la rodilla; tenía treinta meses; Yvona Aumaitre, hija de un médico, curada, en 1896, de una imperfección congenital de un pie; tenía veintitrés meses; Pablo



Marcere, curado, en 1866, de dos hernias congénitas, tenía justo un año. ¡Y cuántos más!...

¿Se dirá que niños de esa edad estaban en estado de *autosugestionarse*? Convengamos en que sería menester estar loco para pretender semejante cosa.

¿Cómo suponer, por otra parte, que la exaltación de la fe sea, en Lourdes, el agente principal de las curaciones?

Entonces, ¿por qué no son curadas tantas personas que tienen fe y en cambio lo son otras que no creen en nada? Pues sin tener que acudir al caso de Gargám y de tantos otros, como el de Lucía Fauré, de Puylaurens (Tarn), que, el 24 de agosto de 1882, persuadida de la ineficacia de los baños, no entra en la piscina sino por complacer á sus compañeras, y sale de allí curada instantáneamente de una luxación del fémur de la que estaba afligida desde hacía veintiocho años, existen pruebas de personas que, completamente incrédulas, han sido no obstante curadas, merced á las oraciones de los asistentes: por ejemplo, aquel mendigo ciego de Lille; aquel Kersbilek, que no ponía los pies en la iglesia y que se burlaba de la Virgen de los Pirineos...

Otros, por fin, que tienen fe y que no han conseguido nada en Lourdes, á pesar de excitar y de exasperar su creencia por súplicas y gritos, se marchan sin contar ya con milagro alguno, y al entrar en su casa son curados....

En todo esto, ¿á qué queda reducida la fe que cura de Charcot, la fe que cura á la abadesa de las clarisas de Lourdes, á pesar de su deseo de no ser curada?

Y, también, ¿qué significan todas las objeciones de Zola, y otros, afirmando que los enfermos están hipnotizados por el aparato, por la impresión del agua fría, por los millares de luces de la gruta, por el incesante clamoreo del Ave Maria?

Los pacientes son librados de sus males — y esto es lo que ocurre ahora con más frecuencia — en lugares apartados, sin acompañamiento, sin bañarse, sin beber agua, sin bendición del Santísimo, sin la ayuda de las súplicas de los circunstantes, sin ese estímulo de las invocaciones, que tanto llamó la atención á Zola.

Habla éste « de la potencia electrificadora de las muchedumbres ». La tal potencia, cuyo verdadero nombre es la oración, es innegable; pero, lo repito, no es indispensable para la curación del enfermo, como tampoco lo es el aparato y el medio: la prueba de ello la tenemos en que hay enfermos que recobran la salud en su casa, sin ir á Lourdes, con sólo hacer una novena; entre otras, la historia de Lasserre nos ofrece un ejemplo típico de esta verdad: se lociona en París, en su casa, con agua expedida de la gruta, y repentinamente desaparece su enfermedad de la vista; y otros, sin siquiera haber acudido á este



medio, obtienen parecidas mercedes, sin moverse de su casa, después de una comunión, con sólo invocar á la Virgen de Lourdes.

Podemos pues ser curados en Lourdes ó en otra parte, con socorro ajeno ó sin él, con agua ó sin ella, de un golpe ó lentamente.

En este último caso, parece como que tiene prisa la Virgen, contentándose con dar un poco de cuerda á la naturaleza, encarrilándola de nuevo, y dejando á su cuidado el terminar ella misma la curación.

Idéntica variedad existe en la manera de efectuarse las curaciones : los hay que sufren al curarse, y otros no sienten nada ; unos son levantados, como por una ola, y lanzados sobre sus pies ; otros son sacudidos por calofríos, ó sienten como corrientes de aire caliente ó frío, mientras otros permanecen impasibles ; los hay que se sienten curar ; otros, como la señora Rouchel, la mujer del lupus, son curados sin darse cuenta : y, por fin, ciertos miraculados, como dicha señora, conservan, después de restablecidos, cicatrices, señales de sus úlceras, en tanto que otros, como María Lemarchand, no conservan rastro alguno. ¿ Quién puede explicar esto ? La verdad es que no hay regla fija, que la Virgen cura á quien le parece, donde le parece y como le parece.

Hasta estos últimos tiempos, ya lo hemos dicho, los incrédulos contestaban á la palabra

« Milagro » con las palabras « Autosugestión y Fe que cura. » Hoy día, casi todos los médicos librepensadores, que saben cuán restringidos son los efectos de la terapéutica sugestiva, confiesan que esas razones de la imaginación exacerbada y del hipnotismo ejercido sobre uno mismo, son insuficientes para resolver el problema de semejantes prodigios ; por ejemplo, la supresión inmediata y definitiva de un cáncer ; y han tratado de atrincherarse en un terreno más seguro ; pero se han limitado, como siempre, á bautizar la dificultad con nombre nuevo, para no ver el milagro y tener que confesarlo.

Conceden que las curaciones de Lourdes son incomprensibles, pero se apresuran á añadir que son debidas « á fuerzas, todavía desconocidas, de la naturaleza » ; que son « lo maravilloso inexplicado aún » ; y eso es todo.

De modo que esto constituiría dos fuerzas opuestas, contradictorias ; pues las que no se conocen son la negación absoluta de las ya conocidas ; semejante razonamiento es incoherente. Sabemos que desde que el mundo es mundo, es cierto, y está confirmado diariamente por la experiencia, que la naturaleza no ha podido nunca cerrar, en un minuto, una llaga, aunque fuese ésta de origen nervioso ; reconstituir, en un segundo, una epidermis destruída ; secar, como en el caso de Rudder, un foco purulento y hacer crecer un hueso, durante el tiempo empleado en



decir una oración. Está igualmente establecido que no puede restaurar, con la rapidez de un rayo, sin asomo de convalecencia, un temperamento arruinado por una larga enfermedad y por años de inanición, y he ahí que, de repente, intervienen fuerzas ignoradas y hacen todo lo contrario.

Convengo en ello; pero entonces, falta saber quién dirige esas fuerzas; no somos nosotros, puesto que las ignoramos. Es necesario, pues, que sean dirigidas por un ser que las conozca, cuya ciencia sea, por consiguiente, superior á la nuestra. Ahora bien, ese ser es invisible; no es un hombre ni una mujer: ¿quién es, entonces?

¿La naturaleza? ¿La naturaleza de los ateos, la naturaleza sin Dios, manipulándose, manejándose á sí misma? ¡Vamos, que esto es insensato! ¡Cómo! ¿la naturaleza se contradiría, se violaría á sí misma?... ¿y por qué? ¡por haber, algunas personas, dirigido súplicas á otra que á ella!

Porque, de otra manera, la naturaleza no se contradice á sí misma, sino que sigue su curso normal. Es pues necesario, para que se decida á desdecirse, que invoquemos á Dios ó á la Virgen, forzosamente. Podemos rezarle á la naturaleza como le rezamos á Nuestra Señora de Lourdes, y no se moverá, y quedará insensible. Bien fácil es hacer una prueba: aduladla con todos los ditirambos que queráis, rogadla de todas maneras, y veréis si desaparece el cáncer que os roe...

Ningún valor tienen, pues, tales argumentos, y bien obligados nos vemos á reconocer que hay un poder que la gobierna y al que ella obedece; es decir: Dios y la Virgen.

Mas, ¿cómo hacer admitir la certeza de esta dinámica divina á personas que, preciso es confesarlo, tienen todo interés en negarla?

Pensándolo bien, esas Apariciones de la Virgen, comprobadas por actos inauditos, son, en efecto, muy inquietantes para muchas personas.

Imaginad, por ejemplo, un hombre, — no un malvado, cuya alma esté podrida, — sino un hombre honrado que no tiene fe ó que la ha perdido, como tantos otros, cuando, al salir del colegio, comenzó á sentir la tormenta de sus sentidos; si recuerda las enseñanzas del catecismo, las juzga infantiles, extrañándose casi de la candidez que le permitió creer en ellas. También observa que los escasos católicos practicantes con quienes quizá se trate son más estúpidos que sus demás conocidos; y, lo que es peor, que no son de una virtud superior á la suya propia; y no profundiza más: la religión es buena para los espíritus débiles, para las mujeres y para los niños; todo hombre ilustrado é inteligente debe desechar semejante cosa. Vive, pues, completamente tranquilo, sin religión, duerme en paz, y se divierte á sus anchas. Es incapaz de una mala acción; es, hasta si se quiere, caritativo, mas



tiene, como suele decirse, su lado flaco, le gustan las diversiones y las mujeres.

Pero, de repente, sabe por personas, á cuyo buen sentido puede fiarse, que la Virgen hace milagros en Lourdes. ¡Luego existe la Virgen! y si existe, el Cristo es Dios, y, de deducción en deducción, forzoso le es reconocer que las enseñanzas de aquel catecismo, que le parecían tan pueriles, no lo son; y, entonces, la Iglesia y todos sus dogmas se imponen en el ánimo de ese hombre.

Y comienzan las perplejidades. Si escucha su conciencia, debe renunciar á una porción de placeres que le seducen, vaciar su vida á los pies de un sacerdote, y si es soltero, ser casto. Si no lo hace por cobardía, desde aquel momento comienza un sordo malestar, un reproche constante que no lo dejará descansar.

El milagro es, en suma, el toque fúnebre de las pasiones terrenales; por eso se comprende que no se quieran milagros.

Por eso muchas personas, más bien buenas que malas, prefieren ponerse una venda en los ojos, no oír nada, no saber nada. ¡A cuántos he conocido yo así! habían conseguido fabricarse una especie de creencia que descansaba, sobre todo, en negaciones, y les permitía vivir á su antojo; y ni siquiera querían ser desengañados por el espiritismo, pues temían la realidad de ese sobrenatural de mesa de fonda, que forzosamente les hubiera incitado á pensar en el otro. De

modo que seguían gozando de la vida, tranquilamente, plácidamente... Y además ¡qué fastidio! si llegaban á convencerse de la divinidad de la Iglesia, tendrían que confesar que se habían equivocado, con lo cual servirían de risa á sus amigos...

Así es que, para los escépticos de ese género, poco importa que los argumentos invocados contra Lourdes sean serios ó fútiles; no tienen empeño en profundizarlos; los utilizan como un biombo cualquiera detrás del cual pueden resguardarse, sustrayéndose á nuevas objeciones y á nuevas molestias.

Esta pusilanimidad de alma explica por qué la clínica del Dr. Boissarie, tan generosamente abierta á todo el mundo, se ve tan poco frecuentada por los incrédulos. ¡Tiene en contra de ella lo que podríamos llamar el odio al miedo, al miedo de la Fe!

Volviendo á Lourdes, en sí, lo repito: es un lugar á la vez repulsivo y divino, pero es necesario experimentarlo uno mismo, en persona.

En cuanto á los enfermos, puesto que la ciencia se declara impotente para curarlos, hacen bien en ir allí, pues aun suponiendo que la Virgen no atienda á sus súplicas, les pagará el esfuerzo y las molestias del viaje dándoles resignación y nuevos ánimos, lo cual no es poco. Y en cuanto á los peregrinos válidos, si son almas íntimas ó artistas, deben prepararse



sufrir, pues no podrán ver sin una santa ira las abominaciones diabólicas que la degeneración de ciertos hombres de iglesia nos hace padecer; pero la Virgen les dará, en cambio, la admirable visión de la Belleza moral, de la Belleza del alma iluminada por los transportes de la Fe y de la Caridad.

Y además, ¿sabe nadie lo que reserva la Virgen á cada uno de sus visitantes?

Y en el momento de separarme de ella, ante ese retrato, hasta entonces desconocido, y que, desde las revelaciones de Bernadette la representa, me digo:

¡Realmente, resultáis así muy extraña, oh Madre nuestra! Al pronto, no os conocí, bajo esas facciones de niña de antes de Belén y de antes del Gólgota, ¡tan distinta resultáis de las Nuestra Señora de la Edad Media, y aun de las que los siglos siguientes nos presentaron!

Pero, pensándolo bien, comprendo esta reencarnación de efigie, esta novedad de postura, estas nuevas facciones.

La liturgia de la fiesta de la Inmaculada Concepción habla constantemente de Eva; os opone una á otra y mezcla vuestros dos nombres. El oficio de sus Maitines parece ser el desarrollo del « Mutans Evæ nomen » del himno de vuestras Visperas.

Sois, á no dudar, la que se paseó, bajo figu-

ras y nombres diversos, en el Antiguo Testamento; vos sois — sin cuna y sin cruz — la Virgen anterior á los Evangelios.

Sois la hija del imperecedero Designio, la Sabiduría nacida antes que todos los siglos.

Vos misma lo habéis afirmado, en la Epístola de vuestras misas: « El Señor me ha poseído en los comienzos de sus planes, antes de que creara nada, desde el principio; he existido desde la eternidad; aún no existían los abismos, y ya había yo sido concebida. »

Vos sois, pues, bajo un nuevo aspecto, la más antigua de las Vírgenes; sois, en todo caso, la Virgen prudente que se manifiesta, en Lourdes, más que en ninguna otra parte, la sustituta de la Virgen loca, de la pobre Eva.

Así como fué ésta hecha de un cuerpo salido de una tierra viva, todavía pura, vos habéis sido también formada de una carne no manchada por el pecado original.

La Inmaculada Concepción nos conduce, á través la Biblia, hasta el caos del Génesis, y, de allí, volviendo sobre nuestros pasos, hasta el Edén; y, forzosamente, pienso en Eva, ahora ya santificada, y que, angustiada por los padecimientos de sus descendientes, por las espantosas enfermedades que por causa de ella conocen, se halla aquí cerca de Vos y os suplica que paguéis á esos desgraciados la deuda que ella contrajo, que los curéis...



¡Y Vos, que no hicisteis milagros mientras vivisteis en este mundo, los hacéis ahora, por ella y por nosotros, Luz de bondad que jamás se nubla, Puerto de los desgraciados, María de las misericordias, Madre de las compasiones !

## HISTORIA CRÍTICA

DE LOS

# ACONTECIMIENTOS DE LOURDES

## Apariciones y Curaciones

POR EL

Abate G. BERTRIN

---

Obra presentada en el Congreso Marial de Roma en nombre del Ilmo. Sr Obispo de Tarbes.

---

El autor ha merecido una carta de felicitación, con la bendición apostólica, de S. S. el Papa Pío X, y la aprobación del Ilustrísimo Señor SCHÖEPFER, Obispo de Tarbes.

---



# El Trato social

Costumbres de la sociedad moderna

EN TODAS

LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA

*Nueva guía de la gente elegante*

— Por la Condesa DE TRAMAR

TRADUCIDO, ANOTADO Y ADAPTADO

Á LA SOCIEDAD DE MÉXICO

CON LA COLABORACIÓN DE DISTINGUIDAS DAMAS

1 tomo 12. Tela de color.

---

## PRIMERA PARTE

### LA VIDA SOCIAL

en todas sus manifestaciones.

La mujer. — La señorita. — El hombre. — Las visitas. — La conversación. — Comidas y banquetes. — Bailes y tertulias. — La vida fuera de casa. — Los casos espinosos y delicados. — Diversos asuntos.

---

## SEGUNDA PARTE

### LAS GRANDES CEREMONIAS

El matrimonio. — El nacimiento. — El bautizo. — La primera comunión. — Fallecimientos y funerales. — Los lutos.

---

## TERCERA PARTE

### LAS RELACIONES EPISTOLARES

La correspondencia. — Esquélas é invitaciones. — La tarjeta de visita.

---

## CUARTA PARTE

### LOS DEBERES SOCIALES

Los educadores de los niños. — Amos y criados. — Aguinaldos y regalos. — La hospitalidad.

30382

232.931

H 9880







